

Guillermo Tovar de Teresa

Reconstructor de la memoria

Juan Ramón de la Fuente

Con motivo de la reciente presentación del Bosquejo biobibliográfico preparado por Xavier Guzmán Urbiola en torno a los trabajos de Guillermo Tovar de Teresa, Juan Ramón de la Fuente traza una semblanza del historiador mexicano que ha dedicado gran parte de sus empeños y su investigación al arte colonial y a la defensa activa del patrimonio cultural.

Asocio a Guillermo Tovar de Teresa, de manera inmediata, con cuatro ideas que lo definen: alcurnia de sangre, erudición histórica, espíritu crítico y libertad intelectual.

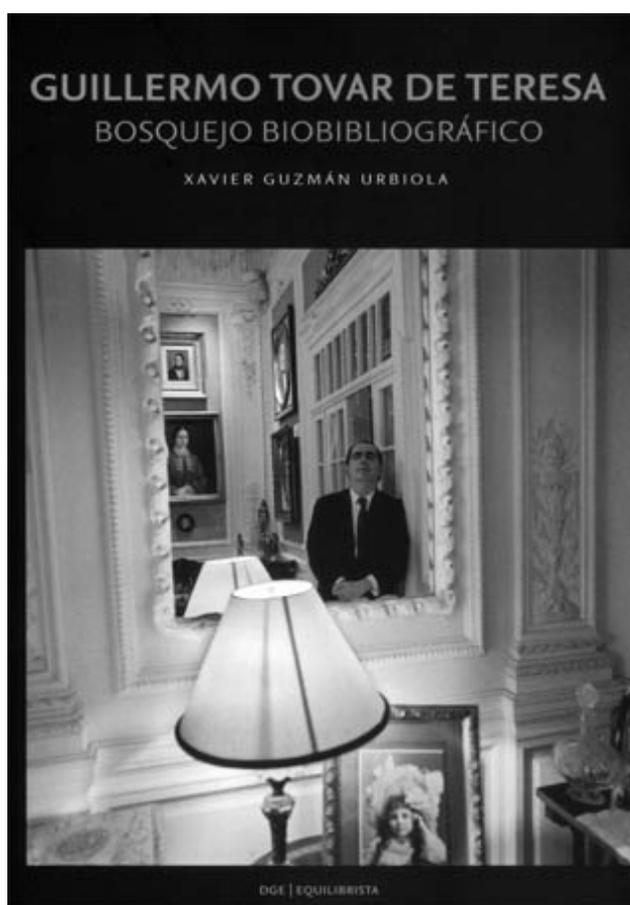
Decía George Kubler —a quien conocí a través de mi madre— con entusiasmo y asombro, que nunca en más de cuatro décadas dedicadas a la docencia le había impresionado tanto un estudioso tan precoz y con tan extraordinario talento. Así se refirió en 1979 el reconocido profesor de la Universidad de Yale a aquel joven de 23 años, rodeado siempre de manuscritos, fotografías y documentos que hablaban de su fervor por el arte colonial y su conocimiento sobre el barroco en la Nueva España.

Lo que Kubler seguramente ignoraba es que ya para entonces Guillermo era un veterano lector, que lo mismo había leído a Gustave Flaubert que a Joseph Roth y Walter Benjamin; con una cultura que le permitía silbar con pericia y de memoria las sonatas de Bach y los conciertos de Mozart; que frecuentaba como par a Francisco de la Maza y a Salvador Moreno; que había sorprendido a los investigadores del INAH por su defensa del Archivo Fotográfico de Monumentos Históricos y a los legendarios libreros del centro, con quienes rápi-

damente hizo amistad, sobre todo con Felipe Teixidor; y que, por si fuera poco lo anterior, ya conocía además de cerca al Príncipe, pues había sido consejero de la Presidencia y asesor del jefe del Departamento del Distrito Federal.

Precoz, rebelde, atrevido, Guillermo también había perdido ya entonces y para siempre a la figura señera de su padre y al ángel tutelar que fue su abuelo.

Lo cierto es que Tovar de Teresa (sin la y) creció en un entorno propicio que, en muchos sentidos, estimuló su genio natural y su espíritu curioso, aquel que desde temprana edad se mostró sorprendido frente a los hallazgos que encontraba a su paso. Era apenas un niño cuando descubrió en casa del abuelo aquella magnífica biblioteca que incluía una espléndida colección de arte. “He viajado en mi juventud, he peregrinado en busca de un libro, acaso del catálogo de catálogos”, escribe el personaje de “La biblioteca de Babel”, ese relato de Jorge Luis Borges (o Borgués) que es una metáfora del universo y que de alguna manera se convirtió en el propio desiderátum de Guillermo, desde que leyó la biblioteca de su abuelo, y cuando se preguntó también por qué muchos libros tenían como destino perderse o desinte-



grarse. ¿No era acaso más natural recuperarlos para que, al ser leídos o releídos, pudieran recobrar su dignidad?

La formación de Tovar de Teresa fue totalmente heterodoxa, casi herética: lo mismo se entregó al discernimiento de las pinturas de Gustav Klimt, que a las sinfonías de Mahler. Era pues razonable que proviniendo de un ambiente en el que el goce estético se daba de manera tan espontánea, Guillermo edificara un temperamento libre y autodidacta que se resistió deliberadamente a la rigidez convencional del orden académico. Ese ámbito entraba en conflicto con su naturaleza, pues su erudición temprana junto con el viaje iniciático que constituyó su vagabundeo por las calles de la ciudad, explorando lo mismo conventos que iglesias, museos o librerías, lo llevaron a descubrir su marcada independencia intelectual en aquel campo que él ya había elegido por vocación: la historia del arte.

El hecho de que en su infancia hubiera recibido de manos del presidente López Mateos un reconocimiento por su dedicación a la historia de México no tuvo nada que ver con el azar, pero sí con la manera en la que una inteligencia sensible como la suya se sintiera impresionada desde que leyó *Los bandidos de Río Frío*: ¿adónde había ido a parar aquel México al que se refería la novela? fue una interrogante que de cierto modo fincó lo que sería su vital obsesión.

A Guillermo Tovar de Teresa le tocó convivir con personajes de gran valía intelectual, empezando con su padre (un médico que le enseñó esa regla soberana de

la vida pública y privada que es la ética), para continuar con su abuelo, quien le ayudó a forjar su libertad intelectual. Después vendrían otros igualmente decisivos en su formación, quienes habrían de compartir con él su conocimiento a la usanza de los antiguos mentores: mediante la discusión animada, la búsqueda de exigentes metas y la construcción de un concepto propio de la historia: “Casi siempre, una edad histórica se construye negando a la anterior, en tanto que la sucesiva rescata a la más vieja”, nos dice el historiador.

En su temperamento han convivido y conviven lo mismo la disciplina que la rebeldía y la displicencia que el entusiasmo. Pero hace falta agregar la generosidad. Guillermo gusta de compartir su cultura y sus lecturas; es exigente y riguroso con sus interlocutores, toma debida nota de los libros que presta y sospecho que no olvida jamás a quien no se los regresa, a menos que te los regale, por supuesto, lo cual también sabe hacer con elegancia y buen tino.

Nunca persiguió una carrera política e hizo bien. La circunstancia política se desvanece, pero la obra intelectual permanece. Lo que ocurre es que, si bien el quehacer intelectual es en cierta forma inseparable de la acción cívica, a veces ésta se vuelve incompatible con el espíritu crítico. Creo que por eso Guillermo, al igual que muchos de nosotros, ha optado mejor por trabajar del lado de la sociedad civil como impulsor de diversas fundaciones y asociaciones en favor de la educación y la cultura.

Desde su primer libro, en 1976, cuando Tovar de Teresa cumplía los 19 años, no sólo quedó de relieve su talento para la investigación histórica y estética, sino también su perspicacia para interpretar las motivaciones de un estilo y los sucesos que fueron dejando su impronta en los objetos y en las piedras de los edificios centenarios.

En una época de su vida tomó algunos cursos de derecho, los cuales enriquecieron sus intereses, pero su vocación era de historiador, no de abogado. En todo caso, sospecho que convino a tiempo que el derecho penal se puede apreciar razonablemente leyendo a Dostoievski, de igual manera que la lectura de Balzac puede ilustrarnos sobre el derecho mercantil, sin pretender, por supuesto, ser con ello expertos en lo uno o en lo otro.

Cuando en 1983 fue asesor del entonces subsecretario de Cultura, hoy embajador de México en Cuba, escribió *La ciudad de México y la utopía en el siglo XVI*. Más adelante, impulsado por Octavio Paz, quien lo consideraba autor de “luminosos ensayos”, recibió la beca Guggenheim, con un proyecto que consistía en estudiar el barroco estípite y a sus artífices, así como formar una bibliografía exhaustiva sobre el tema, actividades que lo mantendrían alejado de la vida pública y que confirmaban su talante independiente.

Imparable también ha sido su empeño por el rescate de acervos, a la par de su labor indagatoria, de lo cual

se han beneficiado muchas instituciones. Pero igual de relevante fue su quehacer como Cronista de la Ciudad y como impulsor del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, que cuenta en su haber con no pocas batallas ganadas, además de algunos libros que dan cuenta del acontecer de nuestra megalópolis.

Fueron libros, por cierto, los que siguieron sumándose a la prolífica carrera de Tovar de Teresa: la *Bibliografía novohispana de arte*, *Un rescate de la fantasía*, *El Retablo de los Reyes*, *El Palacio Nacional* (en éste compartió textos con Carlos Fuentes) y, por supuesto, esa explicación documentada y elocuente que es *La ciudad de los palacios. Crónica de un patrimonio perdido*, en el que se exhiben la negligencia, el desdén y la ignorancia con que generación tras generación, sobre todo a partir del siglo XIX, se han destruido iglesias, conventos, edificios públicos y privados, infraestructura y hasta la traza urbana de la capital del país. Esa tarea predatoria a la que ha estado sujeta la Ciudad de México ha sido denunciada por Tovar de Teresa mediante una rica colección fotográfica y litográfica que él reunió con ilimitada paciencia y seguramente no poca pena. Quizá la misma sintió al leer la novela de Manuel Payno y percatarse de que ese México se había ido.

Durante el tiempo que estuvo en España en calidad de ministro de la Misión Mexicana en Archivos Extranjeros, rescató documentos fundamentales para el Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores, pero además y sobre todo, pudo pensar a México con la perspectiva que sólo otorga la distancia, a quien antes lo ha estudiado. De ahí vinieron reflexiones que plasmó en artículos y propuestas en las que ya advertía la inminente inestabilidad que suele acompañar a la búsqueda de mejores derroteros en las sociedades abiertas, más plurales y disímbolas.

Pegaso o el mundo barroco novohispano en el siglo XVIII es un libro que hizo decir a Octavio Paz que se trataba “de una contribución esencial a la historia de las ideas que han formado a nuestra cultura y a nuestra nación”. Ni más ni menos. En este libro nos explica por qué en la figura de un caballo alado se cifra y resume el orgullo novohispano. Pegaso, nacido prodigiosamente de la cabeza de Medusa, la de la serpentina cabellera cortada por Perseo, el libertador. Pegaso, símbolo de libertad.

Guillermo Tovar de Teresa, el del linaje que viene de Carlos de Sigüenza y Góngora, es también el autor del *Repertorio de artistas en México*, el catálogo más completo de los principales protagonistas del arte mexicano; y el de la *Crónica de una familia entre dos mundos. Los Ribadeneira en México y España*, esa microhistoria en la mejor tradición de Luis González y González. Se trata pues de un intelectual aristocrático —en el sentido de la propuesta platónica en la *República*— que adopta la ética en oposición al oportunismo, y que se



convierte en voz que denuncia la depredación, la simulación y la corrupción.

Lo mismo en la Comisión Nacional de la Preservación del Patrimonio Cultural de México, que en la Antigua Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, o en el Comité Ejecutivo para el Rescate del Centro Histórico de la Ciudad de México, Tovar de Teresa procura usar el conocimiento emanado de la historia para estimular la conciencia con espíritu crítico y para evocar la memoria con rigor y libertad.

La historia, nos dice, es siempre una introspección: por qué volverse contra lo heredado y experimentar esa terrible orfandad, cuando justo lo heredado preserva lo que somos, a la vez que nos abre nuevos horizontes. Ésa es la premisa que permea a lo largo de una obra que se resume en el *Bosquejo bibliográfico* de 39 obras en 44 volúmenes, elaborado por Xavier Guzmán Urbiola (DGE/Equilibrista, México, 2012).

Y aunque es verdad que a Guillermo Tovar de Teresa le tocó crecer en un país que, aun lamentando la pérdida de su memoria, ha continuado su destrucción con ánimo tenaz, Enrique Krauze no se equivocó al definirlo como “ese niño con alma de viejo al que le ha tocado sentir la gravitación de toda la historia derruida, y que, sin embargo, se ha propuesto retenerla”. Llegará el momento, continúa Krauze, y al coincidir con él, también concluyo, en que la ciudad tendrá que mirarse al espejo que Tovar de Teresa ha construido y reconstruido a lo largo de su obra. **U**